

Salió del “lóbrego pecho” la misiva que fué leída por el preso a la luz de un farol. En otras circunstancias, aquellas líneas de mecanógrafa, aquel amenazar con el varapalo espinoso de un “huizachero” le hubieran producido algo como el cosquilleo de una mano traviesa. Entonces, le pareció que la histérica de la Canoa, le salía al paso repitiendo su grito acusador.

—“Otra! murmuró el preso; si yo no maté al fraile. . . . Que no me cuelguen esa. Murió de borracho. Se las ponía. . . . Ah! sí que se las ponía!”

Estrujó la carta y se la metió a un bolsillo del pantalón en que su mano tropezó con un bultito.—Era el bulldog de cinco tiros.

Llegó a la reja oprimiendo convulsivamente la invisible armita. Declaró:—“Yo mandé matar a Arnulfo Arroyo.”



XLIV.

EL SUICIDIO.

Pedro Flon había leído “Los Miserables” y el recuerdo del comisario Javert estaba fijo en su espíritu al lado de Juan Valjean. Recordaba particularmente aquel capítulo bajo el epígrafe “Javert descarrilado” en que Víctor Hugo describe con su más terrible estilo la batalla que se libra en la conciencia del gran polizaico entre la ley y el sentimiento. La ley le mandaba que aprehendiese a Juan Valjean; el sentimiento que lo soltase. Lo suelta y se echa él mismo al Sena, solución acuática que no resuelve nada: ni que la ley fuese mala ni que el sentimiento fuese bueno.

Pero en el alma juvenil de Flon, esta zambullida mortal del comisario Javert guardaba todo

el prestigio imponente que se le atribuyera allá, en los más bellos días del romanticismo. Pensando en ello, se dirigía a Belén y le pareció que asistía a un drama análogo. Velázquez desesperado escapándose de Belén; él, practicante, corriendo tras del preso, con su jeringuita de inyecciones calmantes. Todo en vano. ¿De qué sirve en casos graves la de Pravaz? El ex-Inspector la emprendía hacia la Viga, y subido al parapeto de un puentecillo, se encorbaba sobre el canal, se erguía luego y “caía en las tinieblas”. “Sordo chasquido”. “Sólo la sombra guardaría el secreto de las convulsiones de aquella forma obscura, desaparecida bajo el agua.”

Por más que le impresionara el recuerdo de estas frases huguianas, soltó la risa considerando que entre el Sena y el canal de Santa-Anita, había la misma distancia que entre Javert y Velázquez.—“*Distinguo*, dijo Flon, en forma escolástica. En el caso de Javert, la ley le mandaba que aprehendiera al reo y lo puso en libertad. A Velázquez también le mandaba aprehenderlo, y lo mató! Es otro *tinglado!*”

Elaborando sus *distinguos*, entró el estudiante en la prisión a favor del fuero médico.

Dos golpecitos en la puerta mal cerrada.—

“¿Quién?” gritó Velázquez tendido a medio vestir, y saltó de la cama con el revólver en la diestra. Abrió la puerta, y ante el aspecto nada agresivo de Pedro Flon, se repuso de la halucinación que le fingió asaltos vengadores.

Reinaba la penumbra. Una llama de vela temblaba en la mesa de centro, tras de volúmenes dispuestos en pantalla por el preso para eclipsar al Juárez y al Cristo. Alternaban en el montón novelas de capa y espada, con devocionarios pertenecientes a la alcaidesa—inefable consorcio de Dumas y Lavalle. Junto a la vela, tintero, pluma, papeles, con escritura reciente. Velázquez se apresuró a recogerlos y guardarlos, como también la pistolita.

Expuso Flon su mandato, ofreció sus servicios casi profesionales, en nombre de Sergio enfermo.

—“Pues sí, amigo mío; se me abrió el tablado” dijo Velázquez sentándose al borde de la cama en actitud desfallecida.

Había en aquella frase un grito del alma. Velázquez no se descarrilaba del mismo modo que Javert. Nada de lucha entre la ley y la conciencia. Sólo le atormentaba el escozor de no haber podido representar el papel ambicionado. Convencido de que, en lo humano, todo se subordina

al formalismo, que cada vida se desarrolla a través de la *kermesse* social sobre escenarios de ficciones, consideraba su fracaso como un accidente pavimentario. *Se abría el tablado*, cesaba la mímica oficial y policiaca. . . . “¡abajo el actor!”

—¿Qué me receta, doctorcito?— Llegaba el ex-Inspector a una de esas situaciones en que se solicita el consuelo del primer venido, mucho más siendo éste un soldado científico, aguerrido en el arte de auxiliar a los accidentados. Sólo que Flon no se había visto nunca en presencia de semejante accidente. Ebrios caídos y por caer, contusos, quemados, heridos de bala o cuchillo, machacados de tranvía. . . . que se los dieran! Pero eso de levantar el espíritu de un hombre que desfallece por haberle salido mal un plan de linchamiento, eso no estaba en sus libritos, ni en la Terapéutica de Manquat, ni en los formularios de Dujardin, Bouchardat, etc. ¿Qué recetarle? Un excitante, puesto que el paciente flaqueaba. Inútil recurrir a la Farmacia de Belén; la traía consigo, diminuta, en forma de tubitos: uno con pastillas de estriocina se imponía.—“Rey de los tónicos nervinos, *Strychnos nux vomica*, árbol de la energía, aquí de tu quinta esencia!” invocó mentalmente el estudiante, mientras disolvía tres pastillas en el fondo de

una copita. Solución concentrada, dosis maciza, como convenía a la postración intensa.

Siempre en mangas de camisa, con el cuello desnudo, la cabeza inclinada, la barba hirsuta sobre un plastrón ajado, Don Eduardo guardaba en aquellas postrimerías algo del aspecto y actitud de Arroyo aprisionado en la camisa de fuerza.

Con lánguido ademán llevó la mano al bolsillo y tembló al contacto del revólver. Más que el miedo a la muerte, le espantó la imposibilidad de fingirla. ¡Si pudiera hacer la de Carlos V! Tenderse en un ataúd, asistir a un simulacro de propios funerales, darse por muerto, y seguir viviendo. . . . Imposible! O que bastara un aparatoso *rozón de bala*, entre cuero y carne, como los de los enamorados. . . . También imposible!

Pegarse en firme, con balas que no fueran de miga, perforarse el cerebro, masa insustituible con un encéfalo de cartón. . . . brutal realismo que ponía en erección de horror su joven vitalidad trigintenaria.

Armado de la jeringuilla de Pravaz, se dirigió el practicante al deprimido; lo flanqueó por la izquierda, y levantada la manga hasta la axila, le inyectó en el brazo toda la dosis.

Velázquez se puso en pie, circuló por la pieza

con agitación creciente. El estudiante reconoció con sorpresa que la onda de excitación estrénica provocaba reflejos hiperbólicos. Produjéronse espasmos, constricción gutural y gritos de “agua! agua!”—“Pero yo no he sobrepasado la dosis tolerable,” se decía Flon acercando un vaso a los labios convulsos del sediento. . . . “Más les he aplicado a los borrachitos caídos, y se levantan serenos” Los ojos saltados del ex-Inspector iban con ansia de Flon a Arroyo. . . . aquel Arnulfo Arroyo enclavado por el delirio en la crucecita de ocote.

—“Deme más agua, hasta ahogarme!”

El practicante buscó en sus tubitos la inyección favorable . . . Morfina, aconitina, cocaína, ergotina, todos excitantes, ningún calmante, ni aun la atropina, reputada tal, sin que calme de otro modo que matando. . . . —“¿De qué sirven los *ina*? ¿De qué sirve la de Pravaz?” murmuraba sacudiendo la inútil jeringuilla. . . . Corrió a la botica, en busca de calmantes heroicos.

Resonó una detonación. Acudió el alcaide. . . . “¿Qué pasa, muchacho?” . . . Velázquez caído en el suelo, respondió con un estertor y nada más. A la luz vacilante del cabo de parafina, vió el

alcaide en la sien derecha del preso un ojalito de que pendía una cinta de sangre.

Llegó Flon, agitando con cucharilla el tilo, el azahar, la lechuga, la goma, el cloral, la valeriana, todos los calmantes mezclados en un vaso. Y reconociendo la muerte del paciente, “Lástima! exclamó; *se me fusiló* en pleno tratamiento.”

—¿Qué hacer? dijo el alcaide rascándose la oreja el tiempo indispensable para discurrir un expediente. Hombre de formas curialescas, se preocupaba de dar al suceso “cierta corrección oficial.” ¿Cómo pudo descubrir la pistolita (*corpus delicti* comprometedor para un alcaide) si escondida en el colchón había entrado y salido por invisible brecha practicada en la envoltura? Con ayuda de Flon, extendió en la cama el cadáver despojado de pantalón y calzado, lo instaló bajo sábana y cobertores, saliente el brazo derecho, la pistola al canto.

—Así, bien arropado, tardará más en enfriarse, dijo el alcaide. Sólo falta que Ud., doctorcito, recete algo para tenerlo caliente hasta que venga el juez.

—Hay varios modos de calentarlo. . . . pero sin receta, respondió Flon, decepcionado de los formularios.

Relato de un periódico al día siguiente, con varios paréntesis del autor:

“En la mañana de ayer entró el alcaide al cuarto de Don Eduardo Velázquez diciendo: “Levántate, muchacho; no seas flojo” (llamamiento ficticio). El cadáver del ex-Inspector yacía en la cama, con el cráneo agujereado por una bala . . . Cuando lo reconoció el juez estaba caliente (calor ficticio, dispuesto por Flon.) Entre los papeles que dejó, se encontró una disposición testamentaria, según la cual, legaba sus bienes a los pobres.” (Testamento ficticio, porque luego apareció otro legalmente válido, en favor de su futura).

Así acabó, entre ficciones, un hombre que vivió y mató fingiendo.



XLV.

UNA “LOA” IN EXTREMIS.

Saliendo de Belén, se dirigió Flon a la casa de su jefe y amigo enfermo en la calle de Santa María la Redonda.

Después de una noche de delirio, vino una remisión matutina, gracias a la cual pudo Esteban Sergio comunicarse con su practicante.

La noticia del suicidio le removió la entorpecida ideación.

—Es absurdo! ¿Cómo pudo matarse así ese hombre? Una bala en el cráneo no es la solución que eligen los caracteres oblicuos. Son locos rectilíneos los que van de ese modo, derecho a la muerte; y entre nosotros, sacando las muchachas histéricas y los jóvenes epilépticos, los rectilíneos son muy raros. En México, los hombres de acción

componen la legión de los *planistas*. Es esta la tierra de los “planes rancheros.” El planista se mueve por sesgos contra los otros; nunca contra sí mismo. . . . Ese suicidio es ilógico.

No creyó prudente Flon revelar a Sergio que había en él la lógica de la estircinina.

Medio incorporado en la cama, los ojos inyectados, los labios trémulos, el tifoso parecía dispuesto a afrontar la muerte emitiendo como Sócrates supremas verdades. . . . La infamia no era de Velázquez; la causaban degeneraciones sociales que, de largo tiempo atrás, tenían su manifestación en la policía. Mucho tiempo hacía que los jefes empleaban al gendarme urbano, ya como guardián de la calle, ya como espion o esbirro. El guardián serio, “*rara avis*,” incapaz de servir para otra cosa que para vigilar en su *punto*, se veía desdeñado por el superior jerárquico bajo el calificativo de “mula” . . . ¿De qué servía que la indumentaria fuera progresando? Se la hizo avanzar del sombrero ancho al kepí, de la chaqueta al dolmán entorchado, del guarachi a la bota con polaina. . . . Habéis engalanado sus manos labriegas con zurrones de hilaza, le habéis provisto de revólver y garrote simbólico (tranca de la ley) en lugar del antiguo machete. ¡Muy bien, como maniquí pre-

sentable! Pero siempre la misma calaña. ¿Le habéis dado algún bagaje moral? ¿Habéis elevado su espíritu a la comprensión de los nobles deberes? ¿Le habéis inspirado horror a la cuchillada por detrás, sin el cual le faltará energía contra los asesinos? . . . Nada! Su mentalidad de sabueso alquilado permanece la misma que allá, en la época de los Othón Pérez, los Ramón Fernández y demás Gobernadores—mandarines al estilo chino.

Desde aquellos tiempos se formó, al lado de la policía visible, una policía vergonzante, en que, con varios disfraces, entraba de todo: tinterillos peligrosos, militares tan “suelos” que no cabían en el “Depósito,” pseudo-periodistas, simples vagabundos utilizables. . . . todos asalariados de los fondos secretos del Distrito, todos tan buenos para un barrido como para un fregado en materia de domesticidad política. Porque eran *políticos*, figuraban como agentes subrepticios en la cosa pública, clubs *populares*, colegios electorales, etc. Su función de perseguidores se ejercía en las galerías del Congreso, en las redacciones opositoras, hasta en los corrillos de calle o cantina, donde quiera que podía infiltrarse y recoger materia para delaciones. No todos se denunciaban a sí mismos por su torvo aspek-

to de sicarios. Los había finos, elegantès, de sombrero alto, levita, cuello “parado,” fistol, áurea cadena y bastón. . . . Personajes! De entre ellos salían los esbirros de pistola, más perversos acaso que los de puñal, encargados ya como duelistas, ya como padrinos, de suprimir “desafectos,”

Y el “esbirraje” se propagaba de la policía a todas las ramas de la administración, en forma de interventores rufianescos que, con diversos nombres, esgrimían chicanas e intrigas contra funcionarios y ciudadanos.

Todo eso existía antes de Velázquez, existe ahora, existirá después de él. Una policía corrompida, débil contra el infractor, cruel contra las víctimas señaladas “de arriba.” Un palacio de la “Diputación” escuela de acanallamiento en que se ganaban títulos de “malditos”. . . . Velázquez se encontró con ello, y se adaptó al medio; no hizo más que continuar la tradición; aun se elevaba sobre ella. ¿No respetó a los que, como el oficial Monroy, se rehusaron a prestarle ayuda en el linchamiento?. . . . Escrúpulos monjiles que los viejos sátrapas ahogaban en sangre. . . . “¿Se mató? ¿Conque deveras se mató, y con pistola!. . . Si todos los polizaicos expiaran igualmente, habría una de traquidos que ni en sábado de gloria!. . . Es un Dimas entre mu-

chos Gestas. Le han querido hacer cargar a él solo con la infamia común.”

—¿Y el *asesinato* de Tortolero? interrumpió Pedro Flon.

—Grave! Tiene la gravedad perdurable de una conseja. . . . Así pudiera desenterrar al cura, evidenciar el alcohol homicida, engurgitado según costumbre. . . . La conseja que brotó armada del cerebro de Elvira Resendis, acogida con deleite por ávidas credulidades, cayó fecunda en la masa imaginativa. Será indestructible.



XLVI.

HUMANIDAD LOBUNA!

Rendido al esfuerzo, hundió Sergio su cabeza en la almohada. Sobrevinieron temperaturas bajas, pulso lento, atonía. Se delineó el *tifo frío*, forma gravísima en que el organismo siderado se niega a defenderse de la infección con la fiebre. Al ataque de los microbios, sucedieron otros. Requerimientos de Don Camilo, Comisario de la 5ª, para que Sergio se presentara en la Sección acéfala; requerimiento de un juez instructor para que pasase a rendir declaraciones sobre cuchilladas discutibles.

“El Doctor Sergio, enfermo de gravedad, no puede venir” expuso Flor, en nombre del paciente.

—¿Cómo! Un empleado, servidor de la

nación ¿se atreve a declararse enfermo sin papel timbrado?... Multa....

—Ha de saber usted que el enfermo no puede moverse, ni escribir, ni pensar; que el coma....

—Esa es buena! Que coma.... Para eso sí no está impotente: para comer.—Pues dígame que, de no presentarse, necesita prueba pericial de que está enfermo, so pena de destitución de empleo.

“Famoso empleo! decía Flon, mientras se retiraba del juzgado. Suturar la piel del prójimo, arresgar la propia todos los días, en contacto con infectados vivos y muertos..... todo por ochenta pesos al mes. Famoso empleo! ¡Y que haya más de cuarenta médicos, que en caso de vacante, se atropellarían por solicitarlo!”

Preocupado con la situación de su jefe, el estudiante no reflexionaba que por menos dinero (25 pesos al mes) arresgaba él mismo la salud y la vida.... Urgía salvar a Sergio de una cesantía *in articulo mortis*. Y ¡ para ello había que recurrir, por primera diligencia, al testimonio de “médicos amigos.” La amistad enemistosa de los galenos militantes escapaba al análisis de Flon. A su espíritu juvenil no se presentaban como completamente traidoras las demostraciones de compañerismo. Así es que con alguna fe se mo-

vió en busca de dos “queridos colegas” del enfermo.

El momento era aciago. Reinaba una epidemia moral en el mundo hipocrático. El mecanismo de propagación en esta clase de epidemias reconoce por punto de partida un suceso morboso que va provocando imitaciones directas y reflejas. Si el suceso es, por ejemplo, un robo sensacional, no sólo engendra muchos ladrones, sino también muchas acusaciones de latrocinio. La ambición de Velázquez, después de producir asesinos. llamaba en tropel a los delatores. De ahí que la eterna misantropía entre Sangreos y Purgones se ejercitara en planes de acusaciones mortuorias.

Muy ocupados con ellos los “queridos compañeros” de Sergio no tenían tiempo para ocuparse de él. En vano el estudiante llamó a sus puertas.

En paños menores, ante el espejo, el Dr. Górdete, admiraba el efecto de unas hermosas ligas para calcetines; descolgaba luego el pantalón de un aparato suspensor intitulado “fijapliegue.” Estas faenas no le impedían discutir con un licenciado amigo sobre los medios de acusar de asesinato a Birján, culpable de haberle arrebatado un cliente laringítico que sucumbió en manos del segundo al practicarle la traqueoto-

mía. Sábelo Birján y dejó un rato el pókar para conferenciar con un compadre de rebites sobre las mejores artimañas para acusar a Gordete de asesinato en la persona de Doña Filomena Cebada de Cedillo, affigida de antiguos achaques.—“¿Y Gordete la operó mal?” preguntó el compadre.—“Al contrario, no la operó. . . . y precisamente. . . . la mató *por abstención*.”

Con tan importantes asuntos de por medio, faltaba tiempo para reconocer la gravedad de un “estimado compañero.” Casi corrido el estudiante decidió acogerse al Dr. Penequez. Pasó por la Alameda rumbo a la Tlaxpana.

—“Yo también voy; el destino—me puso en vuestro camino.”

—¿Quién, si no la poetisa inédita, Elvira Resendis, podía lanzar a Flon ese rimado apóstrofe? Sentada en un banco, cerca de la Venus de bronce leía la “Patología Patriótica” cuando vió pasar a Flon, quien le comunicó sus correrías hechas y por hacer.

En previsión de exámenes de Medicina, Elvira se atracaba de tecnicismos. Cuando interrumpió la lectura para acompañar a Flon, su espíritu flotaba sobre toda especie de derrames: ascitis, hidroceles, hidartrosis. . . . terminajos horribles, rebeldes a la rima. Horribles también

las prosaicas inflamaciones en *itis*. ¡Y los tumores en *oma*: glioma, sarcoma, encefalematoma, que no pareaban más que con broma, carcoma y otros prosaísmos cacofónicos! Apenas si le gustaban las *algias*; y de todo el antipoético vocabulario sólo podía exceptuar “enfisema,” dulce consonante de *poema*; sin contar ¡para nada con *enema* que le representaba la más grosera y baja Terapia.

Estas divagaciones abrían tregua en la histérica a sus reminiscencias de Tortolero, y sus pesadillas por Velázquez. Enternecida por el estado crítico de Sergio, olvidó también la participación que tuvo Penequez en su ingreso a la Canoa. Con voluntad generosa decidió acompañar a Flon hasta la antesala misma en que otro día, conducida por Carriles, esperó su turno de presentación a la eminencia médica de la calle del Chirimoyo.

Entraron a la antesala, desierta a aquella hora matutina. Se vino Eduviges acongojada y misteriosa.

—Válgame, niños, qué hora de venir! El doctor está en junta de médicos. . . . una muy buena de veras, con los doctores Hermundio y Carriles. De seguro que se trata de enfermo grave

y harto rico. Tendrán que esperar largo rato a que salga. No le toquen!

Esta recomendación final fué hecha con el índice extendido hacia la puerta mal cerrada del gabinete. Se escapaba por ella el ruido de una discusión animada.

—¡Cómo quisiera oírla! Una junta de médicos, y qué junta!—Sometida al debate—la vida de un magnate! Resuenan las teorías, los sistemas ¡y qué bonito, cuando acabada la melopea de diagnósticos, se levante el médico de cabecera a entonar el pronóstico!

No pudo Flon sofocar la risa ante ese imaginar de la histérica, concibiendo la junta como una pieza orfeónica. Risa amarga, en verdad, porque embargado por su idea dominante, pensaba en las víctimas del oficio que, como Sergio, se morían en el abandono sin médicos orfeones.

No obstante, nuevo Adán arrastrado por la curiosidad de la hembra, Pedro Flon se aproximó tras de ella a la puerta del Consultorio. Las voces se percibían bastante para hacer comprender que se trataba de un plan, cuyo fin era hacer quitar su empleo al facultativo Pedroza, recién nombrado médico de hospital, para dárselo a Carriles. Exponía Penequez la conveniencia

de mandar al buen Pedroza enfermos graves en demanda de operación.

Carriles—Ya le mandé uno, y lo operó.

Hermundio.—Lo mató, por supuesto.

Carriles—No; desgraciadamente va bien.

Penequez.—Una rareza. . . . Hay que mandarle otro y otro. Al fin tendrá su muertazo.

Hermundio.—Y que suene!

Carriles—Si no, le haremos ruido.

Hermundio.—Una acusación por la prensa.

Penequez.—¡Qué prensa! Ella vendrá después. Primero contratamos a un pelado para que, con ayuda de huizachero, presente ante un juez (como pariente del muerto) la acusación de asesinato por impericia.

Carriles.—Exhumación, autopsia, y sea lo que fuere, un escándalo mortal.

Hermundio.—Pero Pedroza se defenderá ¿y nosotros?

—Nosotros al paio. Defendemos a la humanidad desvalida!

Aquí acabó la audición de la joven pareja. “*Fugiamur!*” exclamó Elvira en un arranque latino; y precedió a Flon en su conjunta huida de la famosa clínica del Chirimoyo.

“Nada que hacer aquí. . . . ¡Insensato de mí que he venido a buscar un servicio de solidaridad

profesional en el seno mismo de la traidora intriga!”

Así hablaba Flon regresando de la Tlaxpana.

—Yo creía que los médicos se juntaban para obras de paz ¡oh, la paz!. . .

Y Elvira terminó con un hondo suspiro.

—Se juntan para la guerra, replicó Flon. . . Yo ya debía saberlo por los corrillos. Cuando tres médicos se ponen en rueda, es para *rodar* a otro. Guerra al empleo, guerra por el cliente. Mutualismos de mercachifles. . . “Yo te doy el empleo; tú me das el cliente ¡Ay de tí, si no me das algo!”

—¡Qué desengaño, amigo Flon! Todo ese batallar en el campo de la ciencia. . . “Cuando la ciencia es el asilo único.—En que se encuentra verdadera paz.”—Con las manos en alto, la histórica insistía en pedir paz al cielo encapotado de Septiembre. Sin duda vió por él cruzar el espectro lívido de Tortolero, porque prosiguió: “Paz en la tierra, padre! Ya estás vengado; ya se mató Velázquez!”

—Infortunado Pedroza! continuó Flon indiferente a los devaneos de la estudiante; no tiene como Carriles una suegra potente. . .

—¿Cómo! ¿También las suegras batallan?

—Y en las avanzadas. Si pudiera Pedroza

ofrecer esa y otras influencias comadreras a la codicia de ambos compadres, no se vería amagado por una acusación de asesinato.

—¿Y porqué no ocurrir a él para el certificado de Sergio? interpeló Elvira.

—Cierto! La firma del buen Pedroza, desdeñado por su modestia, no impresionará tanto a los curiales como las de esos farolones. En cambio, tendremos cerca de nuestro enfermo un alma sana.

—Pobre amigo mío! exclamó Pedroza, con sinceridad rarísima en el oficio cuando Flon le hubo expuesto el objeto de su visita; voy a verle, acompañado de algún médico de buena voluntad.

Horas después, los doctores Pedroza y Piniillos llegaban a la casa del enfermo. ¿Cómo sucedió que el práctico Piniillos, utilitarista por esencia, perdiese un tiempo precioso en servir a un colega atribulado?—Caso de conciencia que sólo él se puso a debatir consigo mismo. “¿Conque está muy malo el compañerito? ¿Y su empleo?—Ochenta morlacos al mes. Pero dicen que van a aumentar el sueldo a cien pesos, puede ser que hasta ciento cincuenta. Y disminución del trabajo, con dos médicos por Sección. . . De malo que es, el empleo lleva trazas de convertir-

se en bueno. Necesito saber a qué atenerme.”
—Y volviéndose a Pedroza suplicante: “Vamos a verle. Esto me perjudica en mis negocios; pero ¿qué no se sacrifica por un estimado compañero en la desgracia?”

Encontraron al enfermo en pleno letargo, agotado, las turbias pupilas dilatadas, como en contemplación atónita del “más allá.”

Inútil pareció a Pedroza el certificado de enfermedad cuando la agonía se anunciaba. Pero Pinillos creyó conveniente fingir un sereno optimismo.

—No está muy mal. Crisis agravante que pasará. . . . Peores los he visto, y se han levantado, tan horondos!

¿Para qué declarar la gravedad suma? Se moverían los pretendientes y había que “madrugales”. . . . Cosas de Pinillos que el alma infantil de Pedroza no comprendía bien. Con su profunda competencia de médico legista, Pinillos redactó un certificado de enfermedad, “bastante en derecho” para evitar la cesantía de Sergio entre la vida y la muerte.—¡Ojalá no tengamos que extender pronto el de defunción! dijo Pedroza firmando y pasando la pluma al práctico.

Los estertores del enfermo corroboraban el fúnebre pronóstico.

—Morirse?—No es tan fácil! *Non e lo stesso morire que parlare della morte.*

Con esta salida italiana levantó Pinillos la sesión. Se fué solo, en un coche de punto, camino de Palacio. Convencido el gran práctico de que Sergio “no pasaría la noche” iba a pedir para sí mismo el empleo del moribundo.